

# Thomas Jefferson: comercio y política exterior de Estados Unidos en la época de la Revolución francesa

Are we in condition to go to war?

THOMAS JEFFERSON

*Opinion on French Treaties*

## 1

Más de treinta años separan en edad a Thomas Jefferson de Benjamin Franklin. Mientras que este último es hijo de Inglaterra, el primero es hijo de las colonias que, inconformes con la metrópoli, comienzan a sublevarse.

Nació el 13 de abril de 1743. Provenía, al igual que Franklin, de una familia de origen inglés, pero que tenía ya algún tiempo establecida en Virginia, donde había echado raíces. Peter Jefferson, el padre de Thomas, fue el artífice que dio inicio a la ascensión social de la familia.

Jefferson recibe una excelente formación. Cursa sus estudios en el College William and Mary, escuela a la que solían acudir los hijos virginianos de buena familia. Ahí, un profesor, George Wythe, influye en el derrotero que seguirá Jefferson, encaminándolo hacia el derecho y los tribunales de la Corte general, a la vez que lo introduce en el mundo de la elite culta de Virginia. Es un lector insaciable de los autores clásicos griegos y latinos. Lee también con asiduidad a Bacon, Newton, Locke y Hobbes. De los filósofos franceses, tiene una especial predilección por Montesquieu.

A diferencia de Franklin, Jefferson no fue un autodidacto. Tampoco lo atraía el ajetreo de la ciudad. A lo largo de su vida estuvo unido a su plantación en Virginia, viviendo próximo a la naturaleza. Su ingreso en el ámbito

de la política fue mucho más precoz que el de Franklin. En 1769, a los veintiséis años, forma parte ya de la Cámara de Burgueses de Virginia.<sup>1</sup> Tres años después, se casa con Martha Skelton, una joven viuda. Ella muere en 1782. Él no volverá a casarse. Además de perder a su esposa, Jefferson perderá también a cinco de sus seis hijos. Mientras que Franklin era extrovertido, un gran conversador, carismático, Jefferson era introvertido, provinciano, reservado y un mal orador. Pero ambos tenían algo en común: ninguno era doctrinario.

La atracción que Jefferson sintió por Francia no fue manifiesta durante su juventud, salvo el interés que guardaba por sus autores, en especial por *les philosophes*. Pero más tarde se convertirá en un amigo fiel de ese país. Sin embargo, su fidelidad nunca llegará a confundirse con la incondicionalidad.

En la época en que Franklin se encuentra como diplomático en Londres, Jefferson observa y padece los efectos de la sujeción colonial. Participa en diversos actos de protesta. En mayo de 1769 la Asamblea de Virginia envía al rey un documento en el que muestra su descontento con la metrópoli. La respuesta no se hace esperar: el gobernador disuelve la Asamblea. Jefferson constata cómo ha ido creciendo la incomprensión de la Corona, al igual que la violencia. Ambas están empujando inexorablemente a los colonos a decidirse por la secesión. Jefferson se encarga entonces de redactar las instrucciones de los delegados de Virginia que asistirán a la Convención de Filadelfia, en 1774. El texto sale publicado con el título de *A Summary View of the Rights of British America*.<sup>2</sup> Se trata de uno de los primeros manifiestos de la Revolución americana.

Jefferson cuenta con sólo treinta y dos años cuando participa en el Segundo Congreso continental, al que también asiste Franklin, el gran patriarca, justo después de su regreso de Inglaterra. Jefferson es parte de la delegación designada para redactar la Declaración de Independencia. A él

<sup>1</sup> Como Jefferson mismo lo señala: "I became a member of the legislature by the choice of the county in which I live, & continued in that until it was closed by the revolution". Thomas Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. I, ed. de Paul Leicester Ford (Nueva York: G.P. Putnam, 1904), 7.

<sup>2</sup> Véase Thomas Jefferson, *Writings (Autobiography, Notes on the State of Virginia, Public and Private Papers, Addresses, Letters)*, ed. de Merrill D. Peterson (Nueva York: Library of America, 17<sup>a</sup> reimp., 1984), 105-122.

se le confía un primer borrador. Una vez aceptada por el Congreso, lo único que anhela es regresar a Virginia, preocupado por la salud de su mujer. Ya en casa, se dedica a promover diversas reformas en su estado natal. Recibe entonces un despacho del Congreso de Filadelfia nombrándolo comisionado en París para trabajar al lado de Franklin y de Silas Deane. El objetivo es negociar una alianza con Francia. Luego de reflexionar brevemente, declina el ofrecimiento, aun a sabiendas de la importancia que tiene dicho encargo.

Seis años después, se designa nuevamente a Jefferson para ayudar a Franklin. Su nombramiento termina siendo anulado cuando el Congreso se entera de que las negociaciones preliminares para la paz con Inglaterra han concluido en París. El viaje de Jefferson ya no tiene sentido. La segunda oportunidad para ir a Europa se trunca así. En 1784, surge una tercera oportunidad, la cual se concretará. Franklin ya está viejo, agotado, y desea regresar a Filadelfia. Ha finalizado con éxito su misión, pues Inglaterra ha reconocido definitivamente la independencia de las colonias. En cuanto a Estados Unidos, el Congreso busca pasar a la etapa siguiente, la del desarrollo económico. Para ello establecerá relaciones comerciales con Francia y Europa. Ésa es la misión que corresponderá a Jefferson.

La idea consiste en remplazar el mercado inglés con el mercado francés y el europeo. Y, claro, la siguiente pregunta se impone: ¿por qué no también con el mundo entero? El sucesor de Franklin como ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Francia se encargará de establecer tratados similares al tratado franco-americano de 1778 con la emperatriz de Rusia, con el emperador de Alemania, con el rey de Prusia, con el de Dinamarca, el de Inglaterra, el de España, el de Nápoles y de Cerdeña, con el monarca de Portugal, con el Elector de Sajonia, con el Papa, con la ciudad de Hamburgo, con el Gran Duque de Toscana, con la Puerta Sublime, con las repúblicas de Venecia y de Génova, con el bey de Argelia, con el reino de Trípoli, con Túnez, con Marruecos... Esta larga enumeración sirve para mostrar las ambiciones comerciales de los americanos. Jefferson hará las veces de su intérprete y su árbitro.

Pero lograr semejante ambición pondrá a prueba, en primer lugar, la capacidad de la Confederación americana para reglamentar los asuntos

comerciales y llevarlos a cabo; en segundo lugar, también pondrá a prueba la voluntad y capacidad de Francia, estando al borde de la bancarrota política, social y económica, para conseguir que sus estructuras económicas evolucionen.

## 2

No cabe comparación alguna entre la acción de Franklin y la de Jefferson como ministros plenipotenciarios en París, sencillamente porque fueron del todo distintas. Mientras que el primero estuvo encargado de lograr una alianza con Francia que permitiera su intervención militar en la Guerra de Independencia y, en consecuencia, obtener el reconocimiento de la independencia americana por parte de Inglaterra, el segundo se ocupó de poner en marcha la alianza comercial franco-americana que ayudaría al desarrollo económico de la joven nación.

Y no sólo sus respectivas misiones fueron distintas. La de Jefferson se efectuará en un contexto internacional donde prevalece la paz. En ese contexto, la única constante es la omnipresencia de Inglaterra. Por su parte, Estados Unidos y Francia ingresan en una fase crucial de su evolución: los americanos luchan por encontrar la mejor forma de gobierno, y los franceses se encaminan hacia su Revolución, que traerá consigo la desaparición del Antiguo Régimen.

En efecto, con la paz conseguida en 1783 y el reconocimiento inglés de su soberanía, Estados Unidos entra en una nueva era. En lo sucesivo tendrá que probar al mundo que su independencia ha sido bien merecida y, sobre todo, que tiene un porvenir. El plan de gobierno que eligieron en 1777 para unir a las antiguas colonias, y que dio nacimiento a la Confederación, instituyó en realidad un régimen político débil. Los estados no son solidarios entre sí, diversos conflictos y rebeliones locales estallan, la tendencia a conservar los estados separados, presente en muchos políticos, es muy poderosa y arrastra a no pocos seguidores.

Pero por encima de lo anterior, esa debilidad estriba particularmente en el hecho de que el Congreso carece de poder. Con el tiempo, un mayor

número de gente se irá dando cuenta de los defectos del sistema e irá aceptando la necesidad imperativa de consolidar un gobierno que esté más unido y sea más fuerte. De esa manera, a pesar de la oposición con la que irá tropezando, el desarrollo político de Estados Unidos desembocará en la unidad nacional, la cual se logrará, al menos en parte, en 1789 con la ratificación de la Constitución federal americana y la elección del primer presidente. En suma, el periodo que abarca desde 1783 hasta 1789, será especialmente crítico para la historia americana. Y también lo será para los representantes americanos en el extranjero.

Esa confederación débil que no inspira temor ni respeto a los demás países es la nación que Jefferson representa en París. Francia ya no tiene el mismo interés que antes en mantener a Estados Unidos como aliado contra Inglaterra. En otras palabras, Estados Unidos ha dejado de ser una pieza importante en el tablero político de Francia. Además, no le entusiasma el hecho de ver a una joven república al otro lado del Atlántico desarrollando una infraestructura manufacturera, militar, naval y comercial.

La misión específica que el Congreso encarga a Jefferson consiste en promover que Europa participe en el crecimiento económico de su país, no sólo a través de un tratado comercial con las naciones europeas con las que Estados Unidos aún no lo tiene, sino también mejorando las condiciones de los ya existentes con Francia, con los Países Bajos y con Suecia. Dos comisionados ayudarán a Jefferson en sus tareas diplomáticas: John Adams y David Humphreys. El encargado francés de las relaciones comerciales con Estados Unidos, Joseph Gérard de Rayneval, demora las decisiones lo más que puede.

El comercio había constituido una de las causas centrales de la Guerra de Siete Años, provocada por la rivalidad comercial entre Francia e Inglaterra. Lo había sido también de la independencia americana, al exigir los colonos libertad de comercio. Para las colonias, emanciparse del sistema mercantilista inglés suponía hallar nuevos proveedores, nuevos canales de compraventa, nuevos mercados. En un país joven, donde la población crecía con regularidad y donde no existía aún suficiente infraestructura industrial, pese a la tendencia reciente a crear manufacturas, el comercio exterior

era una actividad crucial, tanto en importaciones como en exportaciones. Por suerte, la agricultura, que representaba la mayor riqueza del país, no se había visto afectada por la guerra.

La ambición comercial de las antiguas colonias se encuentra a la altura de la de Inglaterra, primera potencia mundial marítima y comercial. La lección inglesa había sido comprendida y muy bien aprendida. Benjamin Franklin, durante la época en la que pretendía evitar la ruptura con la metrópoli, sacaba a colación en medio de las discusiones con los ingleses el tema de la prosperidad potencial de las colonias en el comercio.<sup>3</sup>

Uno de los efectos de la Revolución americana había sido el rompimiento de las redes tradicionales de comercio entre las colonias e Inglaterra, creando una oportunidad excepcional para desarrollar intercambios comerciales con Francia, cuya balanza comercial había estado incrementándose. La insistencia de los americanos en firmar tratados comerciales con las naciones que quieran obtener la cláusula de trato preferencial obedece a la esperanza de conseguir rápidos y cuantiosos beneficios. Con ellos podrán pagar las deudas contraídas durante la guerra con distintos países europeos. El asunto es vital.<sup>4</sup> Con respecto a Francia, su deuda es grande, sin tomar en cuenta los saldos sin pagar provenientes de los gastos militares, pues los voluntarios franceses que habían intervenido en la Guerra de

<sup>3</sup> Por ejemplo, en la carta que escribe a Lord Kame el 3 de enero de 1760, Franklin enfatiza: "I have long been of opinion, that the *foundations of the future grandeur and stability of the British empire lie in America*; and though, like other foundations, they are low and little seen, they are, nevertheless, broad and strong enough to support the greatest political structure human wisdom ever yet erected. I am therefore by no means for restoring Canada. If we keep, all the country from St. Lawrence to the Mississippi will in other century be filled with British people. Britain itself will become vastly more populous, by the immense increase of its commerce; the Atlantic sea will be covered with your trading ships; and your naval power, thence continually increasing, will extend your influence round the whole globe, and awe the world!". Franklin, *The Writings of Benjamin Franklin*, vol. IV, ed. de Albert Henry Smyth (Nueva York: MacMillan, 1906), 4.

<sup>4</sup> Richard Price, uno de los pocos ingleses que se refieren a la Revolución americana —tema casi ausente en la literatura política inglesa de esa época—, apunta que el pronto pago de las deudas es un asunto prioritario para ese país que acaba de lograr su independencia. Richard Price, *Observations on the Importance of the American Revolution, and the Means of Making It a Benefit to the World, to which is Added, a Letter from M. Turgot, Late Comptroller-General of the Finances of France; with an Appendix containing a Translation of the Will of M. Fortune Ricard, Lately Published in France*, Printed for L. White, W. Whitestone, P. Byrne, P. Wogan, J. Cash, Marchbank (Dublín: 1785), 9.

Independencia habían sido eso, voluntarios, lo que no significaba que sus servicios fueran gratuitos. Los intereses se convierten en una obsesión apremiante. Y a falta de ingreso nacional,<sup>5</sup> quienes dirigen al país cuentan sólo con los excedentes comerciales.

Por ese motivo, Jefferson sostiene en una carta a George Washington escrita desde París el 4 de diciembre de 1788: “decididamente soy de la opinión de que no deberíamos participar en las disputas europeas, sino cultivar la paz y el comercio con todos; más aún, ¿quién puede negar que el origen de la guerra se encuentra en la tiranía de aquellas naciones que nos despojan del derecho natural de comerciar con nuestros vecinos?”.<sup>6</sup>

¿Acaso era factible conseguir condiciones ventajosas de importación de un país al borde de la ruina, como lo estaba Francia? Nada indica que los comisionados americanos, ni el Congreso, se hayan dado cuenta del lamentable estado económico en que Francia se encontraba. La magnificencia de los salones aristocráticos y de la corte era engañosa. Francia misma, en un intento desesperado de arreglar un poco sus problemas financieros, recurría a préstamos del exterior gravados con tasas de interés que resultaban devastadoras para las finanzas del Estado. Había una inflación que no cesaba de aumentar; los cereales escaseaban, otros muchos productos eran objeto de especulación, y la industria tenía ya veinte años de retraso comparada con la industria inglesa. En consecuencia, la crisis francesa no era el resultado de una coyuntura, sino de su retraso estructural económico.

Distinto ocurre con Inglaterra, pese a los conflictos coloniales y a la presencia en la política del reino de un ala sumamente conservadora. A partir de 1760, el crecimiento económico constituye una realidad tangible. De ser un país agrícola y rural, Inglaterra pasa a ser un país industrial. Para competir contra los productos franceses, y anticipándose a la Revolución

<sup>5</sup> Esa falta de ingresos se debía primordialmente a que el Congreso no tenía el poder de fijar impuestos.

<sup>6</sup> “I am decidedly of opinion we should take no part in European quarrels, but cultivate peace and commerce with all, yet who can avoid seeing the source of war, in the tyranny of those nations who deprive us of the natural right of trading with our neighbors?” Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. V, 437-438.

industrial, Inglaterra generaliza el empleo de maquinaria, crea fábricas y favorece la concentración manufacturera, tanto en la industria pesada como en la ligera. Asimismo, establece vías eficaces de comunicación. Bancos, capitales y créditos se encargan del resto. De tal modo, los ingleses se aseguran en lo sucesivo una producción considerable a costos muy competitivos. La competencia es dura, sin importar del producto de que se trate. Es verdad que los negociantes británicos habían experimentado los efectos desastrosos de la Guerra de Independencia sobre sus exportaciones a América. Sin embargo, una vez que la paz reina, envían a los puertos americanos una enorme cantidad de productos almacenados durante las hostilidades y los venden a un precio muy bajo. Al hacer esto, restauran con cada Estado americano los circuitos comerciales de antaño, ahora en el marco de la libertad de intercambio y libertad de precios.

Por su parte, el pueblo americano está feliz de volver a encontrar disponibles los productos ingleses, los cuales se adecúan a su gusto y a sus necesidades. Dadas esas condiciones, Francia no tiene oportunidad alguna de apoderarse del mercado inglés. Sabe, además, que si bien el Congreso americano tiene la capacidad de firmar tratados comerciales a través de sus representantes, carece del poder para regular el comercio interior, lo que significa que está incapacitado para imponer a los Estados las tarifas de reciprocidad que otorga a los extranjeros.

Así, por las razones antes expuestas, Francia deja de mostrar repentinamente buena voluntad e interés en la insistencia del ministro plenipotenciario Thomas Jefferson. Su indiferencia no sólo obedece a motivos estrictamente económicos. Hay también un factor ideológico. La nobleza, aún poderosa y con gran capacidad de influir en las decisiones gubernamentales, no tiene simpatía alguna por el comercio.

### 3

Tras la firma del tratado de amistad y comercio de 1778, se registra un desarrollo de los intercambios comerciales entre Francia y Estados Unidos

hasta 1782. Durante ese tiempo, el saldo es favorable a Francia, con algunas fluctuaciones. Después, Francia pierde el beneficio que le rinde la balanza comercial a su favor con Estados Unidos. Jefferson contribuye a ese hecho. Convencido de que el comercio es un instrumento para la paz y la fraternidad entre los países, asume con responsabilidad su tarea y se empeña en que Estados Unidos revierta esa situación desfavorable para su país. Su trabajo, es verdad, exige una competencia técnica profesional. Jefferson sin duda la tiene, pero también exige identificarse con cierta ideología. Porque para llevar a cabo esa labor es preciso comulgar con las concepciones modernas del *laissez faire, laissez passer*, así como del libre intercambio, y dejar atrás el proteccionismo imperante de la época. La expresión de esas concepciones se manifiesta concretamente, en el transcurso del siglo XVIII, en la cláusula comercial de reciprocidad o en los acuerdos negociados sobre el derecho mutuo de aduana relativo a un conjunto específico de productos.

Jefferson comprobará que no han sido respetadas todas las cláusulas del tratado de 1778. Se esforzará entonces en conseguir que dicho tratado no se reduzca a ser simple letra muerta. En éste se estipulaba, entre otros artículos, que las dos partes involucradas se conferirían mutuamente la facultad de tener en sus respectivos puertos vicecónsules, agentes y comisionados, cuyas funciones serían reglamentadas por una convención particular. Franklin había ya propuesto una en 1784; el Congreso la rechazó en ese momento por juzgar que la presencia de cónsules franceses amenazaba la soberanía de Estados Unidos.

Al cabo de largas negociaciones, Jefferson logra que sea aceptada una convención consular, la cual se firma en Francia en 1788. Él mismo la introducirá en el Congreso, estando ya de vuelta en Estados Unidos en 1789.

Otro asunto en el que Jefferson hace intervenir lo mejor de sus dotes de negociación es el tema del tabaco. Las exportaciones de tabaco eran vitales para Estados Unidos. En Francia se consumen grandes cantidades de ese producto, en particular el que proviene de Maryland y de Virginia. No obstante, el comercio del tabaco es controlado por un sistema arcaico, el de los recaudadores de impuestos, quienes constituían un gremio de sesenta miembros y representaban las altas finanzas en el Antiguo Régimen. Una

de sus responsabilidades era recaudar los impuestos y entregarlos al Estado. En ocasiones los recolectaban por anticipado, lo que significaba una gran ventaja para el rey, quedándose ellos, de paso, con un pingüe beneficio. Los recaudadores formaban una especie de Estado dentro del Estado, a tal grado llegaba su poder. Controlaban todos los monopolios comerciales, y el tabaco no era la excepción. Eran los únicos con el derecho de importar y vender tabaco en el mercado francés. Fijaban el precio de compra y de venta. Para colmo, no adquirían el tabaco americano en Boston o en Charleston, sino en Londres.

De esa manera, Jefferson lucha por liberar al comercio de tabaco de esas prácticas perjudiciales para los intereses de Estados Unidos. A través de reuniones en las que participa su fiel amigo La Fayette, consigue negociar mejores condiciones. Francia se compromete a comprar una parte del tabaco que consume *in situ*; en cuanto al precio, el que convengan las partes interesadas. Además, en el transcurso de dichas negociaciones, logra también medidas favorables para otros productos de exportación que interesan a Francia: aceite de ballena, pieles, madera, potasa y pez.<sup>7</sup> Pero el acuerdo no se lleva a la práctica finalmente; el gobierno francés arguye que no fue registrado según la forma exigida por el Consejo del Rey.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Resulta significativa la tabla que Jefferson realiza en junio de 1792 sobre los artículos de exportación y la cantidad de ingresos que Estados Unidos percibe por aquéllos. Previamente establece que los países con los cuales mantiene el mayor volumen de exportaciones son España, Portugal, Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, Dinamarca y Suecia. Jefferson señala: “the articles of export which constitute the basis of that commerce, with their respective amounts are Bread stuff, that is to say, bread-grains, meals, and bread, to the annual amount of 7,649,887 dols.; tobacco 4,349,567 dols.; rice 1,753,796 dols.; salted fish 941,696 dols.; pot and pearl ash 839,093 dols.; salted meats 599,130 dols.; indigo 537,379 dols.; horses and mules 339,753 dols.; whale oil 252,591 dols.; flax feed 236,072 dols.; tar, pitch and turpentine 217,177 dols.; live provisions 137,743 dols.; foreign goods 620,274 dols”. J.P. Brissot de Warville & Étienne Clavière, *The Commerce of America with Europe; Particularly with France and Great Britain; Comparatively Stated and Explained, Showing the Importance of American Revolution to the Interests of France, and Pointing out the Actual Situation of the United States of North-America, in Regard to Trade, Manufactures and Population*, traducido de la última ed. francesa (Nueva York: T. J. Swords, 1795), 209.

<sup>8</sup> En la carta a Washington a la que antes hice referencia, Jefferson repasa rápidamente las condiciones de comercio para diversos productos: tabaco, aceite de ballena, arroz, etc. Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. V, 437-441.

A esa mortificación se suma la firma, en 1786, del tratado comercial franco-inglés conocido como Tratado Eden, que libera una parte de los aranceles sobre los vinos franceses en Inglaterra, a cambio de una reducción del impuesto sobre las telas de algodón y de lana inglesas en Francia. Ese primer paso hacia el libre intercambio entre los dos países acelerará vertiginosamente las relaciones comerciales entre ambos. De hecho, se triplicarán en el espacio de sólo tres años. Estados Unidos ha sido rebasado a las claras por su antigua metrópoli. Jefferson ejerce presión y consigue a duras penas, hacia diciembre de 1787, que Francia respete el acuerdo de 1786.

La mala fe de los franceses se manifestará una vez más con la prohibición real de importar el aceite de ballena, del cual Estados Unidos es un gran exportador, pues posee la mayor flota ballenera del mundo. Jefferson protesta contra ese revés, sin efecto. La verdad sea dicha, en 1788 la monarquía francesa tiene en mente otras preocupaciones más apremiantes que el aceite de ballena.

Jefferson se da cuenta de que el comercio franco-americano jamás ofrecerá una solución al problema de la deuda externa americana. Se le ocurre entonces otra salida, más eficaz y más técnica: que bancos holandeses compren dicha deuda. De ese modo, Estados Unidos será más independiente de Francia y recuperará su libertad frente a un gobierno que no sólo espera que le reembolsen el dinero que dio, sino también recibir muestras de gratitud. Desgraciadamente, el Congreso rechaza la solución que le presenta su ministro plenipotenciario. Jefferson no desiste. Lo acosan con frecuencia acreedores que reclaman la devolución de su dinero y, de paso, amenazan con denunciar públicamente la débil capacidad de su país para saldar cuentas pendientes.

En 1788, Jefferson viaja a los Países Bajos para reunirse con su amigo John Adams y negociar juntos, con banqueros holandeses, un préstamo a plazos que permita pagar los intereses vencidos al gobierno de Luis XVI y liquidar la remuneración que se les debe a los oficiales franceses. Aunque esa medida no soluciona de una vez por todas el asunto de la deuda externa, al menos constituye un respiro para la situación económica por la que atraviesa el país. De hecho, Jefferson había soñado, como punto fundamental

de su labor diplomática, conseguir que la deuda política y moral de Estados Unidos hacia los franceses quedara reducida a una simple deuda bancaria. Sobra decir que no tuvo éxito.

Como ya lo indiqué, Jefferson había recibido instrucciones precisas del Congreso cuando se embarcó para Francia: negociar tratados comerciales con el mayor número posible de naciones europeas y con cualquier otro país que mostrara interés en hacerlo.

En La Haya, Adams ya ha logrado pactar un acuerdo con Prusia. Jefferson realiza un viaje a Londres con el propósito de negociar con el embajador de Portugal. Con los países del norte de África tiene poca suerte. Debe lograr que dejen de capturar barcos americanos, que no confiscuen su carga, que no secuestren a las tripulaciones para convertir a los marineros en esclavos y luego pedir un rescate para devolverles la libertad. Pero esas prácticas subsisten a pesar del esfuerzo americano. Sólo Marruecos acepta entablar relaciones comerciales amistosas con Estados Unidos.

El panorama con Francia no luce mejor. Suceden bloqueos por doquier. El gobierno monárquico carece del poder económico y de la voluntad política necesarios para pactar con los americanos los privilegios comerciales que ellos esperan y así incrementar el volumen de su comercio. Quienes negocian del lado francés apenas tienen fe en las instituciones americanas. Les hace falta perspicacia para comprender las ventajas que acarrearía el hecho de sustituir a Inglaterra como principal socio comercial de Estados Unidos. En resumidas cuentas, Francia resulta una decepción.

Jefferson no tendrá el tiempo suficiente para completar su misión. Regresa a Estados Unidos en el momento en que la Revolución francesa acapara el protagonismo, sobrepasando en importancia a cualquier otro acontecimiento o transacción.

Los reveses que sufrió Jefferson a lo largo de su misión diplomática en París fueron causados no por un desempeño deficiente de su parte, sino por un contexto internacional en extremo difícil. Por un lado, se hallaba Estados Unidos, una nación joven e inestable que muy poco tenía que ofrecer en ese momento, salvo su dinamismo potencial; por el otro, una Francia derrotada económica y políticamente por Gran Bretaña, minada en su fun-

cionamiento por el absolutismo, la cual se empeñaba con tenacidad en esconder sus debilidades detrás del prestigio todavía deslumbrante de que había gozado el Antiguo Régimen.

#### 4

Se trata de una casualidad que Jefferson ocupara el puesto diplomático de embajador plenipotenciario en París en el momento en que se desencadena la Revolución francesa. Fue sorprendido por ésta y estuvo obligado a improvisar. Su afecto por Francia resistió todos los embates violentos provenientes de acontecimiento tan mayúsculo.

Mientras que él se afana en obtener ventajas comerciales para los productos estadounidenses, la Historia continúa su derrotero del otro lado del Atlántico. El 30 de abril de 1789, George Washington es elegido presidente de Estados Unidos de América. Franklin es ya un venerable anciano. Pero también un grupo de jóvenes voluntariosos y llenos de ideas novedosas ocupan funciones vitales para la república recientemente nacida. John Adams es nombrado vicepresidente; John Jay, cabeza de la Suprema Corte de Justicia; James Madison, líder de la mayoría en la Cámara de Representantes. Entre esos hombres importantes para la vida política americana, es obvio que Jefferson está incluido, pero se encuentra fuera del país. Ocurre entonces que solicita una dispensa de su cargo al Congreso, aludiendo razones personales. En efecto, la nación tiene necesidad de agrupar a los mejores talentos disponibles. La dispensa se le concede el 19 de junio de 1789. Recibe la noticia hasta fines de agosto y abandona París el 26 de septiembre de 1789. Su experiencia en el extranjero hace que sea designado ministro de Relaciones Exteriores, uno de los cinco miembros del gabinete en cuyas manos recae la dirección del país. Acepta con gusto ese nuevo cargo. Nunca más regresará a Francia.

He mencionado las fechas anteriores con tal detenimiento porque resulta interesante constatar que Jefferson no sólo estaba en Francia en vísperas de la Revolución (de 1784 a 1789), sino que es testigo de las subleva-

ciones que estallan en julio<sup>9</sup> y que culminan con la toma de la Bastilla, también del inicio de *la Grande Peur*<sup>10</sup> y de la noche del 4 de agosto.<sup>11</sup>

Al igual que muchos políticos franceses y extranjeros, Jefferson no vio venir el desmoronamiento de la monarquía. Todo parece indicar que durante su estadía en París no advirtió la dura realidad del pueblo francés, su miseria, su pobreza, su hartazgo de vivir en tales condiciones. Lo mismo había sucedido a Franklin en años anteriores. En este sentido, Jefferson apenas difiere de los aristócratas liberales, con quienes compartía no pocos valores. En el transcurso de sus desplazamientos por Francia, ni Jefferson ni Franklin se topan con los artesanos y obreros, y menos aun con los campesinos miserables que constituyen la mayor parte de la población francesa.

En esa época, Francia contaba aproximadamente con veintiocho millones de habitantes, siendo uno de los países más poblados de Europa. Los miembros del clero y de la nobleza totalizaban ciento setenta mil personas, las cuales formaban, a pesar de las desigualdades que prevalecían en cada uno de esos estamentos, una clase que disfrutaba de grandes privilegios.

<sup>9</sup> Principalmente se trata de las manifestaciones que brotan contra la concentración de tropas en los alrededores de París ordenada por el rey, así como el descontento que despierta la noticia del despido de Necker, ministro de Finanzas, ocurrido el 11 de julio, a quien el rey sustituye por Breteuil.

<sup>10</sup> El Gran Temor fue un movimiento de pánico que duró del 20 de julio al 6 de agosto de 1789 y que se extendió por todo el país. Un rumor se difundió por la campiña francesa como polvorín, asegurando que numerosas bandas de ladrones pagados por aristócratas arrasarían las cosechas. Los campesinos se armaron, saquearon e incendiaron los castillos de las inmediaciones.

La interpretación que se ha dado a este célebre acontecimiento difiere. Algunos historiadores sostienen que se trató de una acción concertada por patriotas, es decir, partidarios de la Revolución, con la cual pretendían desestabilizar al país, además de ganarse a los campesinos como aliados, comprometiéndolos en actos hostiles contra los nobles. Otros piensan que dicho movimiento fue espontáneo, ocasionado principalmente por las dificultades económicas que sufrían los campesinos y porque temían que los señores rechazaran las reformas contenidas en los *cahiers de doléance* “libros de reclamaciones”, práctica que se remontaba a los Estados Generales de 1484, donde se redactaban las quejas expresadas por la población y sus exigencias de reformas, y que estaban en manos de los diputados elegidos, quienes las daban a conocer justamente en las sesiones de los Estados Generales.

<sup>11</sup> En esta fecha, los delegados de la Asamblea Nacional votan, en su sesión nocturna, la abolición de los privilegios feudales que los señores cobraban a los campesinos por trabajar sus tierras.

A este respecto, Jefferson refiere minuciosamente en su *Autobiografía*: “In the evening of Aug. 4. and on the motion of the Viscount de Noailles brother in law of La Fayette, the assembly abolished all titles of Rank, all the abusive privileges of feudalism, and the tythes and casuals of the clergy, all provincial privileges, and, in fine, the Feudal regimen generally”. Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. I, 151-152.

Había, además, casi el mismo número de burgueses, quienes desempeñaban cargos administrativos y también gozaban de ventajas considerables. El resto de la población, en distintos grados, vivía hundida en la indigencia dentro de un mundo en el que era impensable la movilidad social.

No resulta exagerado afirmar que Jefferson tenía una imagen deformada de Francia. Su actividad diplomática le impedía atisbar la profundidad de las fracturas que recorrían el tejido social francés, así como darse cuenta de las ambiciones económico-políticas que estaban en juego para la clase burguesa ascendente.

Jefferson se sorprendió con la violencia revolucionaria de 1789. De hecho, lo conmocionó. Cree que la situación puede arreglarse mediante reformas llevadas a cabo en el marco de una monarquía renovada, como sería el caso de una monarquía constitucional. Sabe de sobra la incapacidad y la debilidad de Luis XVI para llevar las riendas del gobierno. Sin embargo, al igual que no pocos contemporáneos suyos, achacan a la reina una buena parte de la responsabilidad de lo que está sucediendo. A quienes piensan así, incluido Jefferson, se les escapan las auténticas causas sociales y económicas de la Revolución.

La situación en París que rodea a Jefferson no lo inquieta demasiado, ya que en 1787 emprende un viaje por diferentes lugares de Francia y, en 1788, pasa algún tiempo en Holanda y Renania. Durante el invierno de 1788, ciertos acontecimientos le conciernen directamente. La temperatura alcanza varios grados bajo cero. Por espacio de dos meses, el Sena permanece congelado. El precio del pan aumenta tanto que las autoridades temen una hambruna, cuyos efectos no convienen en absoluto a la monarquía. Montmorin, ministro de Relaciones Exteriores, solicita al “agregado comercial” americano, es decir, a Jefferson, ayuda en forma de trigo y harina. Más de veinte mil barriles de harina llegan desde Estados Unidos a los puertos franceses en el curso de la primavera de 1789. Poco después llega arroz importado de Charleston. Pero a pesar de esos cargamentos, el precio del pan sigue subiendo. El 14 de julio de ese año no sólo es el día en que las milicias toman por asalto la Bastilla, sino también el día en que el pan alcanzará su precio más alto a lo largo de todo el siglo.

Y por supuesto, todos estos hechos no son desconocidos para el embajador plenipotenciario estadounidense.

Jefferson asiste en Versalles a los Estados Generales. Es probable que la experiencia le haya recordado el Primer y el Segundo Congreso Continental de Filadelfia, que habían tenido lugar en 1774 y 1775, respectivamente, y en los cuales había participado. Pero en Francia las cosas son bastante más complicadas. Al día siguiente de la apertura de los Estados Generales, el 6 de mayo, los tres estamentos —nobleza, clero y tercer estado—<sup>12</sup> entran en conflicto durante la verificación de los poderes de los diputados. En esa misma jornada, el tercer estado se rehúsa a constituirse en una cámara aparte, tras lo cual se instala en la sala principal y propone al clero y a la nobleza unírsele. Jefferson ve con buenos ojos la actitud del duque de Orléans y de los líderes patriotas de los Estados Generales, a quienes siguen miembros de la nobleza y del clero para solidarizarse con el tercer estado, tales como La Fayette, La Rochefoucauld y otros muchos.

Los acontecimientos que siguen desconciertan por completo a Jefferson:<sup>13</sup> el gesto autoritario del rey al mandar cerrar la sala de los Menus Plaisirs donde mantenía el tercer estado sus sesiones, el juramento del Jeu de Paume,<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Integraban el tercer estado todos aquellos individuos que no pertenecían a la nobleza ni al clero. Representaban la mayor parte de la población. Comprendía desde los burgueses más ricos hasta los campesinos más pobres, los indigentes y los mendigos, pasando por los artesanos y los obreros. Sólo los siervos estaban excluidos del tercer estado.

<sup>13</sup> No resulta extraño que lo sobresalten, ya que, hasta el mes de mayo, Jefferson observa con tranquilidad y plena confianza lo que pasa a su alrededor. Así lo comunica el 20 de mayo en una carta al conde de Moustier: “The truth is that this revolution has gone on so happily till now, and met with so few obstacles, that your countrymen are frightened at seeing that the machine is stopped and that no way yet presents itself of getting over the difficulty.

“I see nothing to fear as yet, the nation is in a movement which cannot be stopped, their representatives, if they cannot get on one way, will try another”. Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. V, 477-478.

<sup>14</sup> Los juramentos tuvieron gran importancia en la época de la Revolución. Poseían un valor sagrado y ofrecían una garantía de fidelidad a la palabra comprometida.

El más célebre de todos fue el juramento del Jeu de Paume, hecho el 20 de junio de 1789 por los delegados de los Estados Generales, y reza así: “Nous jurons de ne jamais nous séparer... et de nous réunir partout où les circonstances l'exigent, jusqu'à ce que la Constitution du royaume soit établie et affermie sur des fondements solides”. Véase Jean Tulard, Jean-François Fayard y Alfred Fierro, *Histoire et dictionnaire de la Révolution française 1789-1799*, col. Bouquins (París: Robert Laffont, 1987), 1095.

la formación de la Asamblea Nacional,<sup>15</sup> los días aciagos de julio, la toma de la Bastilla, la abolición de los privilegios y derechos feudales, etcétera.

Los delegados de la Asamblea Nacional surgidos de esa memorable sucesión de acontecimientos comulgan, en su mayoría, con las ideas de los filósofos Montesquieu, Rousseau, Voltaire y demás enciclopedistas. Impulsada por el conde de Montmorency y por el conde de Castellane, la Asamblea resuelve, pese a la oposición de una parte del tercer estado, colocar a la cabeza de la Constitución que está en proceso de ser debatida una exposición de principios generales de los que se deducirían los principios de la misma Constitución. Curiosamente, en Estados Unidos, los americanos están discutiendo, con el nombre de *Bill of Rights*, un ejemplo de esos principios generales. Para los partidarios de un cambio en Francia, los sucesos pasados y actuales en América constituyen algo más que una mera ilustración de la doctrina que ellos profesan: son un ejemplo a seguir. Los americanos han proclamado la independencia, han definido un conjunto de derechos, han elegido convenciones, representantes, y han redactado una constitución. Todos estos logros son ampliamente conocidos en Francia. Lo que maravilla a los franceses acerca de los americanos es que éstos han conciliado teoría y práctica política, inventando un modelo de acción en el ámbito de lo social y de lo político. Para los franceses, era inevitable que tuvieran presente la historia inmediata de esa antigua colonia inglesa.

Entre los redactores de una posible constitución francesa está La Fayette, quien recurre a Jefferson, íntimo amigo suyo. Sin duda, Jefferson era el consejero ideal: años atrás había sido el autor de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América.

Las funciones diplomáticas que Jefferson desempeña le imponen una cierta reserva. Sin embargo, que recurran a él significa que valoran su experiencia. De seguro, esto lo hace sentirse cerca de la Revolución.<sup>16</sup> La Fayette

<sup>15</sup> El 27 de junio de 1789, a petición del rey, el clero y la nobleza se reunieron con el tercer estado, tras lo cual, los Estados Generales en su totalidad se convirtieron en la Asamblea Nacional.

<sup>16</sup> El siguiente pasaje de la autobiografía de Jefferson revela en buena medida lo que él pensaba de la Revolución francesa: "I discontinue my relation of the French revolution. The minuteness with which I have so far given its details is disproportioned to the general scale of my narrative. But I have thought it justified by the interest which the whole world must take in this revolution. As yet

le confía una Declaración de Derechos de la que es coautor. Jefferson le responde el 3 de junio con el borrador de una Declaración de Derechos para el rey y la nación.<sup>17</sup> El proyecto no fructificará. Sin embargo, lo relevante aquí es el hecho de que Jefferson ha estado dispuesto a colaborar. El 11 de julio de 1789, La Fayette presenta a la Asamblea un proyecto de Declaración de los Derechos del Hombre, en la que Jefferson ha participado. El texto definitivo, tal como lo conocemos, *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, ha sido el fruto de una ardua negociación entre distintas posturas: la de Sièyes, la de Malouet, la de Rabaut Saint-Étienne

---

we are but in the very first chapter of it's history. The appeal to the rights of man, which had been made in the U.S. was taken up by France, first of the European nations. From her the spirit has spread over those of the South. The tyrants of the North have allied indeed against it, but it is irresistible. Their opposition will only multiply it's millions of human victims; their own satellites will catch it, and the condition of man thro' the civilized world will be finally greatly ameliorated". Jefferson, *The works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. I, 155-156.

Unas páginas antes, afirma contundentemente que, de no haber existido María Antonieta, no habría habido revolución. *Ibid.*, 149.

<sup>17</sup> En efecto, según consta en la carta que Jefferson dirige a La Fayette en esa fecha, el 3 de junio, comenta lo siguiente: "I have ventured to sketch such a charter merely to convey my idea, which I now enclose to you, as I do also to M. de St. Étienne".

A continuación ofrezco el boceto escrito por Jefferson, ya que constituye una curiosidad histórica: *A Charter of Rights, solemnly established by the King and Nation*.

1. The States General shall assemble, uncalled, on the first day of November, annually, and shall remain together so long as they shall see cause. They shall regulate their own elections and proceedings, and until they shall ordain otherwise, their elections shall be in the forms observed in the present year, and shall be triennial.
2. The States General alone shall levy money on the nation, and shall appropriate it.
3. Laws shall be made by the States General only, with the consent of the King.
4. No person shall be restrained of his liberty; but by regular process from a court of justice, authorized by a general law. (Except that a Noble may be imprisoned by order of a court of justice, on the prayer of twelve of his nearest relations.) On complaint of an unlawful imprisonment, to any judge whatever, he shall have the prisoner immediately brought before him, and shall discharge him, if his imprisonment be unlawful. The officer in whose custody the prisoner is, shall obey the orders of the judge; and both judge and officer shall be responsible, civilly and criminally, for a failure of duty herein.
5. The military shall be subordinate to the civil authority.
6. Printers shall be liable to legal prosecution for printing and publishing false facts, injurious to the parte prosecuting; but they shall be under no other restraint.
7. All pecuniary privileges and exemptions, enjoyed by any description of persons, are abolished.
8. All debts already contracted by the King, are hereby made the debts of the nation; and the faith thereof is pledged for their payment in due time.
9. Eighty millions of livres are now granted to the King, to be raised by loan, and reimbursed by the nation; and the taxes heretofore paid, shall continue to be paid to the end of the present day, and no longer.
10. The States General shall now separate, and meet again on the 1<sup>st</sup> day of November next.  
Done, on behalf of the whole nation, by the King and their representatives in the States General, at Versailles, this \_\_\_\_ day of June, 1789.

Signed by the King, and by every member individually, and in his presence.  
Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. V, 481-483.

y la de La Fayette-Jefferson. El preámbulo donde se explican las razones que la han inspirado es obra de Mounier, abogado y diputado de Grenoble. Le siguen 17 artículos. Los principios que contienen, al igual que los principios expuestos en el *Bill of Rights* estadounidense, son todavía válidos y continúan desde entonces aplicándose. Su permanencia hasta el día de hoy basta para probar su consistencia.

No obstante, pareciera que, para Jefferson, su condición de terrateniente propietario de esclavos no contradecía su simpatía mostrada en Francia a favor de los derechos civiles. En otras palabras, hoy cuesta trabajo entender cómo Jefferson aceptaba sin tapujos la igualdad entre los hombres y la libertad como un derecho inalienable, mientras que una parte del servicio doméstico que tenía en París eran esclavos negros suyos, traídos desde su patria. Sin ir más lejos, está el caso de Sally Hemings, una joven mulata que llegó desde Monticello en 1787.

Ninguno de los amigos franceses de Jefferson, al parecer, le reprochaba esa conducta tan incoherente. De hecho, había sucedido lo mismo con los colonos americanos, quienes no se dieron cuenta de la contradicción flagrante entre los derechos enumerados y proclamados por los Padres Fundadores y la situación de los negros. La única explicación a esta paradoja es quizás la persistencia de una ideología, admitida a ciegas, que daba por sentada la inferioridad de la raza negra, la cual resultaba a la inmensa mayoría de los blancos algo indiscutible, algo tan natural como la salida del sol todas las mañanas.

En este punto concreto, la Revolución francesa irá más lejos de lo que la Revolución americana había avanzado. Desde 1789, la esclavitud fue prohibida en Francia. Y aunque fue restablecida en la época del Consulado, quedará definitivamente abolida en 1848. Poco más de diez años después, la Guerra Civil Estadunidense traerá consigo la supresión de la esclavitud, sin conseguir enmendar la situación civil, inequitativa, de los negros.

A nadie escapa que los negros, al igual que los indios, fueron un asunto que el discurso revolucionario americano prefirió ignorar.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Curiosamente, en 1776 Jefferson había rechazado la trata de esclavos cuando redactó el borrador de la Declaración de Independencia. Sin embargo, no logró persuadir al Congreso para que dicha

Después de regresar a su país, Jefferson no pudo imaginar que la Revolución que había visto estallar terminaría por devorar a una buena parte de sus seguidores y que la guillotina haría desaparecer a no pocos de sus amigos parisinos y franceses. Durante los años más cruentos, algunos emigrados irán a refugiarse en Estados Unidos. El contacto no siempre será fructífero ni transcurrirá en términos amigables. De hecho, los partidarios de la monarquía llegaron a pensar en enviar allí a Luis XVI.

Jefferson, por su parte, desaprueba la pena de muerte del rey. Confiesa en su *Autobiografía* que, de haber podido votar, habría votado en contra. Y no sólo eso. Habría puesto a la reina en un convento, dejando fuera de su alcance la posibilidad de causar daño.<sup>19</sup> Un poco más adelante sostiene que ha habido tres épocas en la Historia marcadas por una total extinción de lo que él llama *national morality*: la primera fue la de los sucesores de Alejandro Magno, incluyéndolo a él mismo; la segunda, la de los sucesores del primer César; la tercera, dice textualmente, “our own age”, la cual comenzó con la división de Polonia, seguida por el Tratado de Pilnitz y luego prosiguió con las atrocidades de Bonaparte dividiendo Europa a su antojo, devastándola a fuego y espada.

---

condena apareciera en la versión final de la Declaración. Proponía que fuera declarada ilegal, endilgando al rey la responsabilidad de un sistema que los colonos, paradójicamente, no habían vacilado en practicar. Varias colonias sureñas, a través de sus delegados, abogaron con insistencia contra esa supresión, ya que su economía dependía del trabajo servil y de la importación de esclavos.

Años después, dichas colonias aceptaron por fin abolir la esclavitud, aunque solamente lo hicieron de modo formal. Carolina del Norte, en 1790; Georgia lo hizo en 1798, donde la prohibición de esclavos se mantuvo, pero en raras ocasiones se respetó; Carolina del Sur, en 1788, la adoptó durante cinco años, que se prolongaron otros dos años, y así se sucedieron múltiples prórrogas, pero se imponían penas muy modestas a los infractores.

<sup>19</sup> En efecto, así lo sugiere: “Of those who judged the king, many thought him wilfully (*sic*) criminal, many that his existence would keep the nation in perpetual conflict with the horde of kings, who would war against a regeneration which might come home to themselves, and that it were better that one should die tan all. I should not have voted with this portion of the legislature. I should have shut up the Queen in a Convent, putting harm out of her power, and placed de king in his station, investing him with limited powers, which I verily believe he would have honestly exercised, according to the measure of his understanding”. Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal edition)*, vol. I, 150.

## 5

Tal vez algunos párrafos de su autobiografía no sean suficientes para demostrar que Jefferson fue el más francófilo de los Padres Fundadores. En última instancia, tal vez carezca de importancia demostrarlo.

Sin embargo, pasajes como los que transcribiré en seguida permiten darse cuenta del afecto tan especial que sintió por Francia, pero sobre todo permiten comprender la buena disposición que mantuvo hacia ésta durante su gobierno y algunas razones importantes que determinaron la manera en cómo concibió la política internacional de su momento.

En el primero comenta: “aquí no puedo dejar este gran y magnífico país sin antes expresar lo que siento sobre la preeminencia de su carácter entre las naciones del mundo. Nunca he conocido gente más benévola, ni más calurosa y con mayor devoción en su selecta amistad. La amabilidad y el alojamiento que brindan a los extranjeros no tienen paralelo, y la hospitalidad de París está más allá de cualquier cosa que haya concebido factible en una gran ciudad”.<sup>20</sup> Y líneas más abajo remata: “Así que pregunte al habitante de cualquier nación que haya viajado: ‘¿En qué país de la Tierra preferiría vivir?’ —‘Por supuesto que en el mío, donde están todos mis amigos, mis relaciones, y los más tempranos y más dulces afectos y recuerdos de mi vida’. ‘¿Cuál escogería en segundo lugar?’ —‘Francia’”.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> “here I cannot leave this great and good country without expressing my sense of its preeminence of character among the nations of the earth. A more benevolent people, I have never know, nor greater & devotedness in their select friendships. Their kindness and accommodation to strangers is unparalleled, and the hospitality of Paris is beyond anything I had conceived to be practicable in a large city”. *Ibid.*, 157.

<sup>21</sup> “So ask the travelled inhabitant of any nation, In what country on earth would you rather live? — Certainly in my own, where are all my friends, my relations, and the earliest & sweetest affections and recollections of my life. Which would be your second choice? France”. *Idem.*

Lo cierto es que la carrera política de Jefferson estaba muy lejos de terminar cuando abandonó su cargo diplomático en París y volvió a Estados Unidos. Sale de la capital francesa el 26 de septiembre de 1789, rumbo a Le Havre. Ahí permanece varado hasta comienzos de octubre a causa de unos vientos desfavorables. Luego de un corto periplo, llega a Monticello el 23 de diciembre. Ya en casa, tendrá un futuro político por demás prestigioso.

Para los gobernantes americanos, en esos años Inglaterra y Francia continúan siendo las piezas claves de la política exterior del país. Jefferson se propone siempre encontrar soluciones negociadas que sirvan para contrarrestar el poder de la facción pro inglesa, encabezada por el federalista Alexander Hamilton.<sup>22</sup> Nunca le falta perspicacia e inteligencia. Así como Francia respaldó la independencia de las colonias contra Inglaterra, ahora él respalda la política internacional francesa que tiende a perjudicar a Gran Bretaña. Pero a través de su acción política se cuida mucho de no comprometer la seguridad de Estados Unidos y provocar que se vea obligado a entrar en guerra al lado de los franceses. Tiene especial cuidado en 1793, cuando la Revolución francesa se extiende a las Antillas, donde los revolucionarios luchan contra los ingleses.

No obstante, con pesar para Jefferson, la imagen de Francia en Estados Unidos se deteriora bastante debido a las múltiples torpezas cometidas por el embajador plenipotenciario francés Edmond-Charles Genêt. El go-

<sup>22</sup> El Partido Federalista fue fundado por los seguidores de George Washington para defender su gobierno. El otro partido que existía en ese momento era el Partido Demócrata-Republicano, fundado por Jefferson en 1792. Este último defendía los derechos de los estados frente al gobierno federal o central. Jefferson y sus partidarios hacían una interpretación de la Constitución que tendía a restar poderes al gobierno federal y otorgar una mayor autonomía a los estados federados, lo cual los enfrentaba a los federalistas.

Los miembros del Partido Federalista llamaban “demócratas” a los miembros del partido de Jefferson. Con ello los identificaban con los partidarios más radicales de la Revolución francesa, quienes en ese momento instauraban el terror en Francia, buscando atemorizar a los electores estadounidenses, haciéndoles creer que los “demócratas” ocasionarían que el país viviera un caos parecido al de Francia. Por su lado, los partidarios de Jefferson se autodenominaban “republicanos” para identificarse con los patriotas que habían luchado contra la monarquía inglesa.

Nótese que los federalistas de aquella época favorecían el centralismo, es decir, eran en buena medida contrarios a lo que hoy entendemos por federalismo, es decir, la corriente opuesta a un gobierno centralista.

bierno revolucionario francés ha encomendado a Genêt varias tareas: dar a conocer en América, desprestigiándola, la política maquiavélica de Versalles; organizar la competencia contra la marina inglesa desde los puertos americanos; promover la fundación de clubes jacobinos en el país; favorecer el ascenso al poder del partido de Jefferson y suscitar disturbios tanto en las colonias españolas (Florida y Luisiana), como en las inglesas (Nueva Escocia y Canadá), para lo cual forma tropas de mercenarios cuya meta es conquistar dichas colonias. Genêt expide entonces a diestra y siniestra nombramientos avalando a los oficiales que comandarán esas fuerzas mercenarias. La gota que colma el vaso ocurre cuando el embajador francés hace un llamado al pueblo contra el presidente George Washington. Es obvio que este tipo de injerencia en la vida política estadounidense resulta inaceptable. A Jefferson le cuesta trabajo contener la francofobia desencadenada por las tonterías de Genêt.

En respuesta a tales desatinos, el gobierno federal declara que el tratado de 1778 no impone ya obligación alguna a Estados Unidos.<sup>23</sup> Da a conocer una proclama de neutralidad frente a las naciones beligerantes, destinada

<sup>23</sup> En relación con el tratado franco-americano, durante la presidencia de George Washington surge el debate sobre la obligación de respetar o no un acuerdo que había sido establecido con un gobernante ahora depuesto y muerto, es decir, Luis XVI. El debate abarcaba también la situación reinante en ese momento: la existencia de un gobierno revolucionario inestable, cuya permanencia nada ni nadie podía garantizar, dada la lucha feroz que sucedía entre las distintas facciones políticas en Francia: jacobinos, girondinos, hebertistas, dantonistas, etcétera.

El 28 de abril de 1793, Jefferson redacta su opinión al respecto, la cual no deja lugar a dudas: "I proceed, in compliance with the requisition of the President, to give an opinion in writing on the general Question, Whether the US. have a right to renounce their treaties with France, or to hold them suspended till the government of that country shall be established?..."

"I consider the people who constitute a society or nation as the source of all authority in that nation, as free to transact their common concerns by any agents they think proper, to change these agents individually, or the organization of them in form or function whenever they please: that all the acts done by those agents under the authority of the nation, are the acts of the nation, are obligatory on them, & enure (*sic*) to their use, & can in no wise be annulled or affected by any change in the form of the government, or of the persons administering it. Consequently the Treaties between the US. And France, were no treaties between the US. & Louis Capet, but between the two nations of America & France, and the nations remaining in existance (*sic*), tho' both of them have since changed their forms of government, the treaties are not annulled by these changes". Jefferson, *The Works of Thomas Jefferson (Federal Edition)*, vol. VII, 284-285.

evidentemente a Francia e Inglaterra. Al hacerlo, Estados Unidos sienta por primera vez las bases de lo que más tarde formulará como la “doctrina Monroe”, la cual establece una diferencia radical entre los asuntos del continente europeo y los del continente americano.<sup>24</sup> A pesar de su indulgencia hacia Francia, Jefferson avala por completo la pertinencia de esa doctrina al expresar que su país no desea inmiscuirse en los asuntos internos de Europa. Por su parte, frente a la indignación de los americanos, el gobierno francés ordena a Genêt que regrese. No lo hace. El embajador sabe que corre peligro de ser condenado a muerte cuando los *montagnards*<sup>25</sup> se apoderan del gobierno. Genêt decide entonces quedarse en Estados Unidos y naturalizarse americano.

Todo este enojoso asunto con Francia motivó que George Washington se acercara a Hamilton. Así las cosas, Jefferson anuncia su dimisión como secretario de Estado al presidente el 31 de julio de 1793. Abandona su cargo cinco meses después. Pero en ese lapso presiona para que Estados Unidos reconozca a la República Francesa de 1793. Argumenta su postura sosteniendo que los americanos no pueden negar a cualquier otro país el princi-

<sup>24</sup> Vale la pena recordar que la doctrina Monroe fue en realidad inspirada por el sexto presidente estadounidense, John Quincy Adams. Posteriormente, fue presentada por el presidente en turno James Monroe en su séptimo discurso al Congreso sobre el Estado de la Unión.

En sus principios, la doctrina establece: *a*) que ninguna nación europea tiene derecho de intervenir en los asuntos internos de los países americanos; *b*) que toda intervención será considerada como una provocación hostil contra Estados Unidos; y *c*) que la pretensión de fundar colonias en América es inadmisibles porque todo el continente se encuentra ya repartido entre estados civilizados.

<sup>25</sup> Es el nombre que ciertos periodistas dieron, con el afán de ridiculizarlos, a los diputados extremistas de la Asamblea Legislativa que se sentaban a la izquierda en los bancos más altos. Mucho más numerosos en la Convención, los *montagnards* (montañeses) jamás constituyeron un grupo político homogéneo. De origen diverso, no diferían socialmente de los girondinos, es decir, pertenecían a una burguesía media. Carecían de un programa económico y social. Sus principales líderes fueron tres representantes elegidos de París: Danton, Marat y Robespierre. Vencieron a los girondinos gracias a la insurrección de la Comuna de París. Organizaron entonces un gobierno revolucionario extremadamente centralizado y desencadenaron la época del Terror. Como es sabido, Robespierre acabó eliminando a los más extremistas llamados *enragés*, luego a los hebertistas, incluido d'Hébert, quienes reclamaban ciertas reformas sociales con las cuales Robespierre no estaba de acuerdo; después a Danton y a sus partidarios y, por último, a los *indulgents* (indulgentes), así conocidos porque deseaban que la República victoriosa diera pruebas de su clemencia poniendo fin al Terror. Los últimos *montagnards* fueron eliminados cuando fracasaron las insurrecciones de la primavera de 1795.

pio en el cual descansa su propio gobierno, es decir, en el derecho de toda nación a gobernarse como mejor le parezca, según la forma que elija, y el derecho a cambiar dicha forma a su antojo.

Entre 1793 y 1797, Jefferson no desempeña función alguna en el gobierno. Por esa misma razón, no puede impedir el acercamiento oficial que ocurre entre Estados Unidos e Inglaterra, concretado en el Tratado Jay de 1794. Esto acarrea la degradación de las relaciones franco-americanas. Francia resuelve romper relaciones diplomáticas con Washington, ruptura provocada sin duda por la susceptibilidad que despierta el Tratado Jay y por la arrogancia que el ministro James Monroe ha mostrado en París. El gobierno ordena a Monroe regresar, gesto que no basta para calmar la irritación de los franceses. De hecho, cuando el sucesor de Monroe llega a París, el gobierno francés se rehúsa a recibirlo. A la par de lo anterior, Francia retira a su representante de Estados Unidos. La crisis entre los dos países alcanza su clímax.

Una vez elegido presidente, John Adams encomienda a una delegación limar asperezas con Francia. La componen Charles Cotesworth, John Marshall y Elbridge Gerry. Para ese entonces, cosa que no escapa a los estadounidenses, el ejército de Napoleón, con él a la cabeza, ha cruzado los Alpes y está triunfando en Italia. Los miembros de dicha delegación se encuentran con la sorprendente noticia de que deben pagar la cifra de doscientos cincuenta mil dólares para conseguir entrevistarse con Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, y negociar a través suyo el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Los delegados se apresuran a volver a casa y dan a conocer el intento de soborno. El incidente causa indignación; se lo conoce como el “asunto XYZ”.

Por supuesto, la tensión entre Estados Unidos y Francia no disminuye. En julio de 1798, el Congreso proclama la invalidez del Tratado de la Alianza Franco-Americana. Tan sólo dos décadas después del clamoroso éxito obtenido por Franklin, artífice de dicho tratado, esa alianza queda reducida a letra muerta.

La salida a esta crisis tendrá lugar con un nuevo tratado franco-americano, el cual liberará a las dos partes de muchas de las obligaciones hasta

entonces impuestas, debido a que en el contexto internacional ya no son apetecibles ni viables. Se firma entonces la Convención de Mortefontaine,<sup>26</sup> tratado en el que se acuerda pacíficamente tanto el fin de las reyertas entre ambas naciones (la Half-War o Quasi-War, que duró de 1797 a 1801), así como el término del mutuo compromiso militar que contenía el tratado de 1778. En él se pactan, entre otras cosas, que: *a*) habrá una paz firme e inviolable, además de una sincera amistad, entre la República Francesa y Estados Unidos de América; *b*) que cualquier acuerdo previo entre ambos países relacionado con alianzas o intercambios comerciales ya no será vigente; *c*) que cada uno de los firmantes debe regresar los navíos capturados durante la guerra; *d*) que el libre comercio de cualquier mercancía, excepto materiales de guerra y pasaportes, queda garantizado; *e*) que cada país otorgará al otro el estatuto de *most favored nation*; *f*) que en caso de una futura guerra entre los dos países, comerciantes y ciudadanos tendrán seis meses para salir del país enemigo y llevarse consigo su patrimonio y *g*) que el derecho de pesca para los franceses frente a la costa de Terranova y en el Golfo de San Lorenzo queda asegurado bajo cualquier circunstancia.

Los puntos aceptados son lógicos. Por un lado, Francia, de nueva cuenta en guerra contra Gran Bretaña, no desea que Estados Unidos renuncie a su neutralidad en el conflicto y combata al lado de Inglaterra. Por el otro, Estados Unidos sabe que sería vencido por la armada inglesa en caso de aliarse con los franceses. A estos últimos les conviene la neutralidad de Estados Unidos porque así podrá abastecerlos de granos.

De tal modo, las condiciones fijadas en la convención de Mortefontaine complacen plenamente a Estados Unidos. Se deshace así de un peso que lo abrumaba cada vez más. Con dicha convención, los estadounidenses inaugurarían una política extranjera de no establecer alianzas permanentes con los gobiernos europeos. El Senado aceptó ratificarla a condición de que el tratado de 1778 fuera derogado. Y lo fue sin problemas.

<sup>26</sup> Mortefontaine es un hermoso castillo situado a 35 kilómetros al norte de París. Se trata de un sitio histórico y aún se conserva prácticamente igual a como era en 1800, cuando se firmó ahí la convención que lleva su nombre.

En el transcurso de esos años conflictivos, Jefferson permanece en la sombra, maniatado para intervenir en la política exterior de su país. Pero en 1800 sale electo jefe del Poder Ejecutivo. La derrota del Partido Federalista se debe, en parte, a los vínculos que mantiene con el ala conservadora inglesa. Con Jefferson en la presidencia, Estados Unidos reanudará un acercamiento con Francia dentro de ciertos límites razonables dictados por la situación internacional.

Un caso ilustrativo fue el asunto de la Luisiana. Tras la firma del Tratado de San Ildefonso, en octubre de 1800, España cede la Luisiana a Francia. Bonaparte sueña con hacer renacer un imperio colonial en América del Norte, intenciones que realmente preocupan a los estadounidenses. Cuando Jefferson se entera de que la cesión ha sido ratificada el 21 de marzo de 1801 por el Tratado de Madrid, comprende a la perfección lo mucho que está en juego para la seguridad del país. La proximidad de un vecino con ambiciones imperialistas resulta inadmisibles, además del peligro que significa para el comercio del oeste que el Misisipi y el territorio de Nueva Orleans caigan en manos francesas. Aun cuando tiene como objetivo estrechar los lazos de cooperación con los franceses, sabe que el día en que Francia se apodere de Nueva Orleans, Estados Unidos tendrá que aliarse forzosamente con la nación británica, pues un posible bloqueo del Misisipi ahorcaría al país. La situación es de suma gravedad. Para colmo, ocurre que el intendente de Nueva Orleans suspende a los americanos el derecho de guardar sus mercancías en la ciudad antes de embarcarlas para Europa, arbitrariedad que enfurece a los pobladores del oeste. Jefferson encarga de inmediato al embajador en París, Robert R. Livingston, que obtenga las garantías comerciales necesarias para la libre navegación en el Misisipi y el tránsito de mercancías y productos en Nueva Orleans. Al mismo tiempo, envía a James Monroe con la misión de proponer a Francia la compra de la Luisiana y de la Florida occidental. Para ello, Jefferson se vale de viejas amistades. Samuel Dupont de Nemours realiza el primer contacto con Napoleón. El emperador está consciente del enorme gasto que ocasiona la revuelta de los esclavos en Haití. Además, como ya es costumbre, las hostilidades con Inglaterra estallan de nuevo. En consecuencia, Napoleón ya no está tan convencido de sus preten-

siones por instaurar un imperio colonial del otro lado del Atlántico. Livingston y Talleyrand negocian la suma que Estados Unidos está dispuesto a pagar por un territorio cuyas fronteras son difusas. La negociación final se pacta con François Barbé-Marbois, a quien Jefferson conocía porque había sido cónsul en Estados Unidos. La Luisiana<sup>27</sup> es adquirida en sesenta millones de francos. El precio comprende la cancelación de las deudas que aún existen, algunas de las cuales se remontan a la ayuda que el gobierno de Luis XVI había prestado en la Guerra de Independencia.

Esta operación representa un gran triunfo para Jefferson y la política exterior de su gobierno. Por su valor estratégico, resulta tan crucial para el futuro del país como lo fueron los tratados de amistad y de alianza militar que Franklin obtuvo de Vergennes en 1778. Muy poco tiempo después, la expedición de Meriwether Lewis y de William Clark no sólo despeja la ruta hacia el oeste todavía enigmático y lejano; mostrará la importancia geográfica, política y económica de la anexión de ese territorio comprado a los franceses.

En efecto, Lewis<sup>28</sup> había recibido de Jefferson mismo el encargo de planear una expedición, la cual tenía el propósito de cartografiar la Luisiana y encontrar un pasaje hasta el océano Pacífico. Junto con William Clark, organiza entonces el Corps Discovery. De 1804 a 1806, ambos recorren una extensión considerable de los ríos Misouri y Columbia, cruzan las Montañas Rocallosas y llegan hasta el Pacífico. En el transcurso de su viaje coleccionan y describen cientos de plantas y especies animales hasta entonces desconocidas.

La expedición significó el primer contacto de euroamericanos con varias tribus nativas. Pero lo más relevante para Jefferson y sus contempo-

<sup>27</sup> Ese territorio abarcaba aproximadamente unos dos millones ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados; en otras palabras, cerca del 23 por ciento del actual territorio de Estados Unidos. Comprendía lo que hoy es la totalidad de Arkansas, Misouri, Iowa, Oklahoma, Kansas, Nebraska; partes de Minesota (al sur del Misisipi); casi todo Dakota del Norte y Dakota del Sur; el noroeste de Nuevo México y el norte de Texas; porciones de Wyoming, Montana y Colorado; ambos lados del Misisipi y la ciudad de Nueva Orleans; y una parte pequeña de los territorios canadienses de Alberta y Saskatchewan.

<sup>28</sup> Jefferson lo había nombrado su secretario particular en 1801. Una de sus tareas consistía en obtener información sobre la política interna del ejército, ya que en éste había proliferado el número de oficiales partidarios de los federalistas.

ráneos fue que abrió el camino para el desarrollo de un prolífico y benéfico intercambio comercial, intercambio que acabaría a la postre asegurando la hegemonía de Estados Unidos en ese vastísimo territorio.

La visión de Jefferson acerca de la Luisiana y su importancia estratégica, hay que subrayarlo, fue en verdad notable. Pero ese caso no fue excepcional. En realidad, demostró innumerables veces poseer una notoria perspicacia política. Prueba de ello es que, a lo largo de su mandato, en ningún momento perdió de vista que cualquier acuerdo o desacuerdo con Londres requería primero sopesar la contraoferta o las compensaciones que París estaba en posibilidad de ofrecer.

Mientras que las guerras de Napoleón prosiguen en Europa, Jefferson consigue mantener a Estados Unidos apartado de esa hecatombe, dando preferencia al crecimiento comercial y no a la lucha armada. Gracias a una política exterior hábil, cautelosa, y a pesar de su afecto hacia Francia, evitó que su país fuera incluido como una pieza más en el juego de rompecabezas napoleónico.

Garantizaba de esa manera las condiciones que permitirían a Estados Unidos crecer y consolidarse durante el siglo XIX.